

**DOCUMENTO DE APOYO AL PROFESOR
LA EDUCACION DE LA FORTALEZA¹**

"En situaciones ambientales perjudiciales a una mejora personal, resiste las influencias nocivas, soporta las molestias y se entrega con valentía en caso de poder influir positivamente para vencer las dificultades y para acometer empresas grandes."

La fortaleza es "la gran virtud: la virtud de los enamorados; la virtud de los convencidos; la virtud de aquellos que por un ideal que vale la pena son capaces de arrastrar los mayores riesgos; la virtud del caballero andante que por amor a su dama se expone a aventuras sin cuento; la virtud, en fin, del que sin desconocer lo que vale su vida es irrepetible la entrega gustosamente, si fuera preciso, en aras de un bien más alto". Estas palabras nos podría llevar a pensar que en estos tiempos modernos no existen muchas posibilidades para desarrollar la virtud de la fortaleza. De algún modo, el bien "bien más alto" está cubierto con un sinfín de pequeñas "necesidades" creadas por el hombre. No quedan posibilidades de encontrar aventura porque todo está hecho, todo está organizado. Podemos preguntarnos: ¿dónde existen los cauces adecuados para recoger el deseo del hombre de hacer algo grande, de esforzarse en función de un ideal? Incluso el cristiano no se encuentra en la situación extrema de tener que dar su vida por la fe el martirio que es el acto supremo de la fortaleza, ni se aproxima a ello por lo menos en un país donde la fe está aceptada y vivida por muchas personas. Ordinariamente no se presentan ocasiones de hacer grandes cosas por la Iglesia de Jesucristo; sin embargo, es propio del cristiano hacer grandes por el Amor los pequeños servicios de cada día.

Y, aquí podemos encontrar una solución al problema planteado. No se trata de realizar actos sobrehumanos; de descubrir las zonas del Amazonas nunca pisadas por el hombre; de salvar a cincuenta niños de un incendio; éstas son, en todo caso, posibilidades fruto de una imaginación calenturiosa. Más bien se trata de hacer de las pequeñas cosas de cada día una suma de esfuerzos, de actos viriles, que pueden llegar a ser algo grande, una muestra de amor.

Por eso está claro que el hombre con una visión mezquina de la vida nunca puede llegar a desarrollar su fortaleza, y aunque lo hemos dicho en otras ocasiones conviene volver a recordar que los hijos necesitan saber que su vida sirve para algo; que, aunque tienen muchas miserias y su vida parece de poco valor, cada persona tiene una misión intransferible de glorificar a Dios. Cada persona puede y debe amar, salir de sí, servir a los demás, superarse personalmente para trabajar mejor. La persona que no quiere mejorar, que es egoísta, que busca nada más que el placer, no tiene motivos para desarrollar la virtud de la fortaleza porque es indiferente al bien.

¹ Síntesis del texto de David Isaccs: "La Educación de las Virtudes Humanas".

Precisamente por eso se podría decir que la virtud de la fortaleza es muy de los adolescentes porque, por naturaleza, son personas de grandes ideales, que quieren cambiar el mundo. Si estos jóvenes no encuentran cauces para estas inquietudes, si sus padres no les presentan con fines adecuados y con criterios rectos y verdaderos, esta energía latente puede dirigirse hacia la destrucción de lo que nosotros hemos creado. Concretamente, si educamos a nuestros hijos a esforzarse, a dominarse pero no les enseñamos lo que es *bueno*, pueden acabar buscando lo malo con una gran eficacia.

Por eso, en todo el desarrollo de este capítulo, tendremos que tener en cuenta que existen estos principios que son previos a lo que decimos.

I. Resistir

Tradicionalmente se ha dividido la virtud de la fortaleza en dos partes: "resistir" y "acometer". Vamos a considerar la primera parte que se considera más difícil, en contra de lo que comúnmente se cree, y eso porque "es más penoso y heroico resistir a un enemigo que por el hecho mismo de atacar se considera más fuerte y poderoso que nosotros, que atacar a un enemigo a quien, por lo mismo que tomamos la iniciativa contra él, consideramos más débil que nosotros".

De acuerdo con nuestra descripción inicial de la virtud podemos considerar lo que significa "resistir las influencias nocivas" y "soportar las molestias". Si pensamos en la actividad cotidiana veremos que hay que resistir algunas molestias y al hacerlo, ya sabemos con claridad que va a resultar en nuestro propio bien. Y hay otras molestias, que si no las resistimos, van a actuar perjudicialmente para una mejora personal.

Es lógico que requiere menos esfuerzo, menos dominio resistir las primeras. Me refiero a una sesión en el dentista, por ejemplo, donde sabemos que por resistir unas molestias pequeñas a continuación vamos a resolver un dolor más prolongado. O, en otro terreno, atender a algún conocido que nos aburre con su conversación porque sabemos que esa persona necesita alguien con quien hablar. Cuando la finalidad está clara es más fácil resistir la molestia en cuestión. En este sentido, parece claro que la educación de la fortaleza puede comenzar con los niños pequeños precisamente en este terreno, pero sin olvidarnos de lo demás, como veremos luego.

La dificultad principal que encontraremos en relación con este tipo de resistencia es la tendencia de la mayoría de los niños pequeños a vivir en el presente. Es decir, el saber que la consecuencia será favorable, no es una motivación suficiente para curar alguna enfermedad. Es muy probable que un niño de seis años no aceptase una inyección pasivamente, aguantando sin quejarse aunque supiera que así se iba a curar. Por eso, no sólo se tratará de buscar una motivación del estilo, *causa y efecto*, sino también de reforzar esta motivación con otras de acuerdo con la situación y las características del niño. Vamos a considerar algunos ejemplos.

Dos niños quieren jugar con algo que hace bastante ruido, justo cuando el bebé que no duerme bien, por fin se ha dormido. Su madre les dice: "no juguéis a esto porque vais a despertar al bebé". En este caso se ve que se está pidiendo a los niños que resistan a algo que puede tener una consecuencia desfavorable para otros. Otro enfoque sería sugerir concretamente otro juego que pueden realizar los niños y explicar que así el bebé puede dormir. En el primer caso, se está reforzando el razonamiento "causa-efecto" con la autoridad de la madre. En el segundo caso, la motivación es una combinación de esa obediencia implícita (la madre no les va a dejar seguir jugando al otro juego de todas formas) y de la posible atracción del juego sugerido. El primer caso requiere más esfuerzo por parte de los hijos; el segundo, menos. El hecho de que tengan que abandonar un juego, resistir un impulso de seguir disfrutando con ese juego, supone que existe la posibilidad de desarrollar la virtud de la fortaleza. A la vez, si los hijos lo captan como un esfuerzo que han hecho al servicio de su hermanito o al servicio de su madre se está relacionando el saber resistir con el amor, con la capacidad de amar.

Otro ejemplo sería el de un chico que querría salir a jugar antes de realizar las tareas encomendadas por el colegio cuando está establecido al revés en esa familia. Otra vez nos encontramos con una necesidad de resistir un impulso. El chico sabe que si termina las tareas primero, estará cumpliendo con las reglas, que así no se olvidará de realizar las tareas, pero en este momento la relación "causa-efecto" no es suficiente motivación. La fortaleza consiste en resistir la tentación y puede ser resultado de un esfuerzo, quizá realmente importante por parte del chico, o por la influencia de sus padres.

Así podemos ver que existen muchas oportunidades en la vida cotidiana de la familia de que los niños tengan que resistir un impulso o un dolor, sabiendo que el resultado les va a favorecer. En cuanto estos esfuerzos están apoyados por la autoridad de los padres servirán para desarrollar unos hábitos. Pero estos hábitos necesitan tener sentido para los hijos, y cuanto antes mejor. Si el hijo decide renunciar a una salida con sus amigos para ayudar a su padre o para estudiar, si resiste la tentación de dejar un trabajo medio hecho y lo termina bien, etc., por iniciativa propia, esta virtud estará en vías seguras de desarrollo.

En segundo lugar, habrá que enseñar a los hijos a resistir molestias e influencias que, si no lo hacen, van a repercutir en perjuicio suyo.

La diferencia entre lo que ya hemos explicado y este tipo de resistencia consiste en que, en la primera, había un resultado favorable, claro y razonable. Ahora se trata de resistir influencias para mantenerse en la misma situación, con las mismas posibilidades de mejora. Ahora se trata de resistir influencias para mantenerse en la misma situación, con las mismas posibilidades de mejora. Un ejemplo sería el de un chico que había pedido prestado una revista pornográfica a algún amigo. No mirarlo no supone en sí ninguna mejora excepto en el sentido de evitar un mal. Queda como está. Mirarlo supone recibir una influencia perjudicial. Otro sería el de un chico que se encuentra en el comienzo de una lucha con otros chicos. No luchar no significa ningún bien concreto. Luchar puede significar algo perjudicial. En todo este campo se trata principalmente de enseñar a los hijos a decir que no, y no por temor, sino por evitar un peligro

innecesario. Precisamente el desarrollo de la fortaleza vence el temor, pero para que realmente sea fortaleza tiene que ser gobernado por, la prudencia. Si la fortaleza no está gobernada por la prudencia se puede caer en el vicio de la osadía. La osadía desprecia los dictámenes de la prudencia saliendo al encuentro del peligro.

En la vida familiar se verá que existen muchas reglas del juego en este sentido, lo que hemos llamado en otra ocasión exigencia preventiva. Los padres exigen a su hijo de cinco años que no cruce la calle solo por si acaso le atropella un coche. Los hijos tienen que aprender por su cuenta lo que les puede dañar, lo que les puede influir perjudicialmente y, en consecuencia, establecer sus propias normas adaptadas a su situación real. Por eso habrá que enseñar a los hijos a ser prudentes, a controlar la osadía, como hemos dicho, pero también a superar el temor infundado.

Y aquí convendrá pararnos a reflexionar sobre algunos aspectos de la vida real. Como ejemplo vamos a considerar el temor a la oscuridad. No nos interesa en esta ocasión estudiar las causas de este temor, sea innato o condicionado, sino de tratar el tema desde el punto de vista del padre que quiere educar a sus hijos en la virtud de la fortaleza, de tal modo que resistan el temor que puedan tener. Por una parte, se espera de los hijos que pongan algo de su parte, pero de acuerdo con sus posibilidades. Por tanto, no se trata de protegerles para que no lleguen a tener contacto con el objeto de su temor, sino de graduar el contacto, ofreciendo la ayuda necesaria. Los dos extremos serían: el padre que exigiera a su hijo que durmiese en un rincón de una casa vieja sin ninguna luz y que fuera a hacer algún recado en un lugar solitario de noche para superara su temor, y otro, el que dejara la luz del dormitorio encendida toda la noche para que no lleguen a tener contacto con el objeto de su temor, sino de graduar el contacto, ofreciendo la ayuda necesaria. Los dos extremos serían: el padre que exigiera a su hijo que durmiese en un rincón de una casa vieja sin ninguna luz y que fuera a hacer algún recado en un lugar solitario de noche para que superara su temor, y otro, el que dejara la luz del dormitorio encendida toda la noche para que superara su temor, y otro, el que dejara la luz del dormitorio encendida toda la noche y no dejara al niño en la oscuridad en ningún momento. "Guardar el contacto ofreciendo la ayuda necesaria" significa mostrar confianza en el niño, apoyarle con cariño, explicarle la situación real y hacerle esforzarse gradualmente a resistir el temor que tiene. Si el niño está acostumbrado a dormir con la luz encendida se podría graduar así: apaga esa luz, pero dejar encendida la luz del pasillo con la puerta abierta; luego apagar esa luz, pero estar en un lugar donde el niño oye las voces de sus padres, etc.

Muchas veces los niños tienen temor en lo que se refiere a lo desconocido, igual que los adultos, y allí es donde necesitan la seguridad de sus padres el apoyo moral: a veces explicándoles bien lo que tienen que hacer (pueden tener miedo por no saber lo que les va a pasar), y a veces acompañándoles. Aquí no hay más guía que el sentido común, pero teniendo en cuenta que queremos que los hijos aprendan a resistir un temor infundado, a actuar con valentía sin ser osados.

Por último, podemos considerar cómo es posible educar esta virtud *a posteriori*, después de que los niños han sufrido alguna molestia, algún daño. Se podría considerar el caso de un niño que vuelve a casa llorando porque alguien le ha pegado. Una "solución" es llamar por teléfono a los padres del otro niño para que le castiguen. Pero esto no ayuda a desarrollar la virtud de la fortaleza. Quizá se trataría más de dar un motivo bueno para que el chico, esforzándose personalmente, superase el disgusto. En este caso podría ser decirle: "¿Qué ocasión más buena para ofrecerlo a Dios?". A veces, no nos damos cuenta de que una de las cosas más valiosas que podemos hacer para mostrar nuestro amor, nuestro amor a Dios, es ofrecerle nuestras penas, resistiendo el deseo de hacernos la víctima.

Por otra parte, está claro que quejarse o permitir a los hijos que se quejen es crear un ambiente en contra del sentido de la fortaleza. La fortaleza supone aceptar lo que nos ocurre con deportividad, no pasivamente, con deseos de sacar algo bueno de las situaciones más dolorosas.

II. La Indiferencia

Ya hemos mencionado que los tres vicios que se oponen a la fortaleza son el temor, la osadía y la indiferencia. Al hablar de "acometer" nos referimos a la osadía con mayor extensión y al temor en lo que se refiere a esta parte de la virtud. Pero antes de pasar a estudiar lo que significa "acometer" podemos considerar brevemente las consecuencias de la indiferencia. La indiferencia está causada por una deficiencia de temor (al referirnos al temor anteriormente hemos estado hablando de un exceso de temor). Se trata de las personas que, por no reconocer su deber de mejorar o por no reconocer o querer enterarse de las influencias perjudiciales, adoptan una actitud pasiva, cómoda o perezosa.

Está claro que las personas en esta condición no hacen más que recibir lo que encuentran sin ningún esfuerzo y nos interesa como educadores, porque existe una tendencia en algunos padres a proteger y sustituir a los hijos en los esfuerzos que deberían realizar ellos, de tal modo que los hijos no aprenden más que a recibir. En esta situación es probable que exista una indiferencia en todo lo conocido, pero al tener que enfrentarse con algo desconocido, sin la ayuda ya de sus padres, el joven no sabe desarrollarse y por falta de prudencia o por falta de temor se encuentra casi sin posibilidad de desarrollar su vida rectamente.

Una vida cómoda, sin sobriedad acaba siendo un ejercicio en egoísmo. El egoísta cuando consigue lo que le apetece encuentra una "satisfacción" superficial. Cuando no lo encuentra se derrumba o busca cualquier tipo de evasión, lo que tenga a mano.

Para que los hijos lleguen a ser indiferentes en la vida, habrá que exigirles esfuerzo desde muy pequeños; esfuerzo en resistir (desde el bebé que llora por capricho hasta el adolescente que se pone de mal humor porque algún le ha disgustado). "Así nos figuramos a los hombres que saben sufrir callando y no lo comunican para que no los compadezcan; sin miedo al sacrificio ni a la lucha; que no se arredran ante las dificultades; sin miedo al miedo; sin timideces ni complejos

imaginados; incompatibles con la frivolidad; que no se escandalizan de nada de lo que ven ni oyen. Entereza es reciedumbre."

Y, para seguir adelante, para aguantar, lo que hay que aguantar, para no caer en la indiferencia, también hace falta paciencia. La paciencia es la virtud que "inclina a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales". Y puede ayudar a aclarar esta definición saber que los vicios contrarios son la impaciencia y la insensibilidad.

Ya es hora de pasar a considerar el "acometer" que viene presentado en la descripción inicial del siguiente modo: "se entrega con valentía en caso de poder influir positivamente para vencer las dificultades y para acometer empresas grandes".

III. Acometer

Para poder atacar, para emprender alguna acción que supone un esfuerzo prolongado hace falta fuerza física y fuerza moral. Y podemos ver enseguida por qué los deportes siempre han estado relacionados con la virtud de la fortaleza. Dominar la fatiga, el cansancio, la flaqueza prepara a la persona para emprender actuaciones que repercuten directamente en el bien de los demás, en la glorificación de Dios. Y el deporte presenta unas posibilidades especialmente propicias, porque existe una motivación muy inmediata: alcanzar la cumbre de la montaña. Ganar el partido, terminar la carrera, mejorar el *record* propio, no defraudar a los compañeros, etc. Si la persona no es capaz de esforzarse en la lucha de superación física es muy probable que tampoco lo será en la lucha de superación física es muy probable que tampoco lo será en la lucha ascética. Sin embargo, no podemos establecer una relación única entre el deporte y otros campos de superación. También existen posibilidades del tipo: campamentos; levantarse a una hora prevista sin vacilar; duchas frías; ir andando al trabajo, etc. Por otra parte, se puede considerar la conveniencia de enseñar a los hijos a aguantar las inclemencias y apetitos sin quejarse. En este sentido, las madres deberán de cuidar de no abrigar demasiado a sus hijos en invierno (lo necesario sí), de dejarles salir aunque haga frío, de enseñarles a tener sed sin quejarse, etc.

Todo lo que hemos dicho está en función de la educación de la fortaleza en lo que respecta a la firmeza en el obrar. Ahora vamos a considerar algunos aspectos del desarrollo de la virtud relacionada con "acometer". En primer lugar, lo que implica alcanzar un bien arduo o difícil.

Para poder alcanzar un bien, sea rebatir algún mal o desarrollar algo en sí positivo, se necesita tener iniciativa, decidir y luego llevar a cabo lo decidido, aunque cueste un esfuerzo importante.

Para captar las posibilidades de una situación hace falta una cierta sensibilidad que se traduce en la "chispa" de la iniciativa. No ocurrirá esto si la persona, por costumbre, es indiferente, como hemos visto anteriormente. Este momento de crear la iniciativa, de imaginar lo que podría ser mejor sin soñar, supone una actitud hacia la vida que los padres pueden estimular

en sus hijos desde pequeños. No se trata de resolver los problemas que pueden resolver los hijos por su cuenta, ni tampoco se trata de descubrirles los problemas cuando los niños mismos deberían darse cuenta de la situación.

En todo caso, se puede insinuar que existe algún problema que convendría resolver. Por ejemplo, si los niños pierden el autobús que les lleva al colegio varias veces, los padres pueden ocuparse directamente de despertarles, vestirles, llevarles a la parada y meterles en el autobús. Sin embargo, para los niños, que hasta ahora han centrado la atención en cómo llegar al colegio cuando ya han perdido en autobús, esta actitud de los padres no les ayuda a tener iniciativa y resolver el problema. Los padres podrían plantearles el problema. ¿Por qué no piensas en organizarte de tal modo que llegues al paradero a tiempo? Y luego volver a preguntarles para asegurarse que han encontrado una solución.

En general, acometer cuando se trata de aprovechar una situación positiva para mejorar supone iniciativa y luego perseverancia. Es lógico, que los hijos encuentren mayor facilidad en llevar a cabo algo planteado en estos términos más que algo que hay que realizar para contrarrestar una situación perjudicial. Los problemas en relación con la perseverancia, los consideraremos en otro capítulo. Sin embargo, aquí convendrá estudiar brevemente algunas condiciones para que pueda haber una lucha eficaz al enfrentarse con las dificultades mencionadas.

Tiene que haber, en primer lugar, una motivación adecuada. Los hijos tienen que ver el esfuerzo que luego van a realizar como algo necesario y conveniente. Pero no sólo debe ser una aceptación por parte de la razón. También tiene que ser sentido hondamente, porque hace falta fuerza interior para superar las dificultades. Y precisamente aquí es cuando es lícito y conveniente la ira. "El fuerte puede usar de la ira como instrumento para su acto de la fortaleza en atacar; pero no de cualquier ira, sino únicamente de la controlada y rectificada por la razón." Es decir, si esta situación ambiental que se va atacar es injusta, es fraudulenta, es falsa, etc., hay que reconocerla sin escandalizarse, pero a la vez, permitir que el fuego que hay dentro de cada persona crezca de un modo controlado. Si los enemigos luchan con empeño no se trata de admitir el hecho y quejarse sin más.

Por otra parte, habrá que gobernar la osadía para que lo que se hace se haga con prudencia, sin gastar los esfuerzos personales inútilmente.

En total, "hay en el camino de la virtud gran número de obstáculos y dificultades que es preciso superar con valentía si queremos llegar hasta las cumbres. Para ello es menester mucha *decisión* en emprender el camino de la perfección cueste lo que costara, mucho *valor* para no asustarse ante la presencia del enemigo, mucho *coraje* para atacarle y vencerle y mucha *constancia y aguante* para llevar el esfuerzo hasta el fin sin abandonar las armas en medio del combate. Toda esta firmeza y energía tiene que proporcionarla la virtud de la fortaleza".

IV. Algunos problemas en la educación de la fortaleza

Es bastante corriente que los padres de familia exijan a sus hijos de tal suerte que tengan que esforzarse en cumplir una serie de actividades. Es probable que los hijos hagan algún tipo de deporte, y vayan creciendo en fuerza física en algún grado. Sin embargo, existen algunas áreas prioritarias que muchas veces escapan a la atención de los padres.

- 1) Habrá que destacar la conveniencia de proporcionar a los hijos posibilidades no sólo para que hagan cosas con esfuerzo, sino también para que aprendan a resistir.
- 2) Convendrá estimular a los hijos para que, por propia iniciativa, emprendan caminos de mejora que supongan un esfuerzo continuado.
- 3) Habrá que enseñarles algunas cosas que realmente valen la pena, que les "caldean" por su importancia.
- 4) Habrá que enseñarles a tomar una postura, a aceptar unos criterios, a ser personas capaces de vivir lo que dicen y lo que piensan. Es decir, enseñarles a ser congruentes.
- 5) Los padres no deben olvidarse de la necesidad de la superación personal, como ejemplo, para los hijos y por el bien propio.

Como dijimos al principio, esta virtud tiene unas consecuencias especiales para los adolescentes. Cuando el adolescente empieza a tomar decisiones propias, puede caer en la indiferencia, rechazando las opiniones y postura de su padre pero sin ser capaz de llegar más allá del rechazo. Así cualquier persona con intención le puede mover, porque no será fuerte. Por otra parte, si no tiene desarrollados los hábitos en relación con la fortaleza, aunque quiera mejorar, emprender acciones en función de algún bien reconocido, no será capaz de aguantar las dificultades. La fuerza interior tiene que basarse en la vida pasada.

Si los adolescentes son fuertes en este sentido, es momento de su vida en que tienen más posibilidades de ser generosos, de ser justos, etc., aparte de otras cosas, porque están movidos, por naturaleza, por un fuerte idealismo. Es el momento de conquistar el mundo" o, mejor dicho, de conquistar *su* mundo, el de cada uno.

El desarrollo de la virtud de la fortaleza apoya el desarrollo de todas las demás virtudes. En un mundo lleno de influencias externas a la familia muchas de ellas perjudiciales para la mejora personal de nuestros hijos, la única manera de asegurarnos de que nuestros hijos sobrevivan como personas humanas, dignas de este nombre, es llenarles de fuerza interior, de tal modo que sepan reconocer sus posibilidades, y reconocer la situación real que los rodea para resistir y acometer, haciendo de sus vidas algo noble, entero y viril.